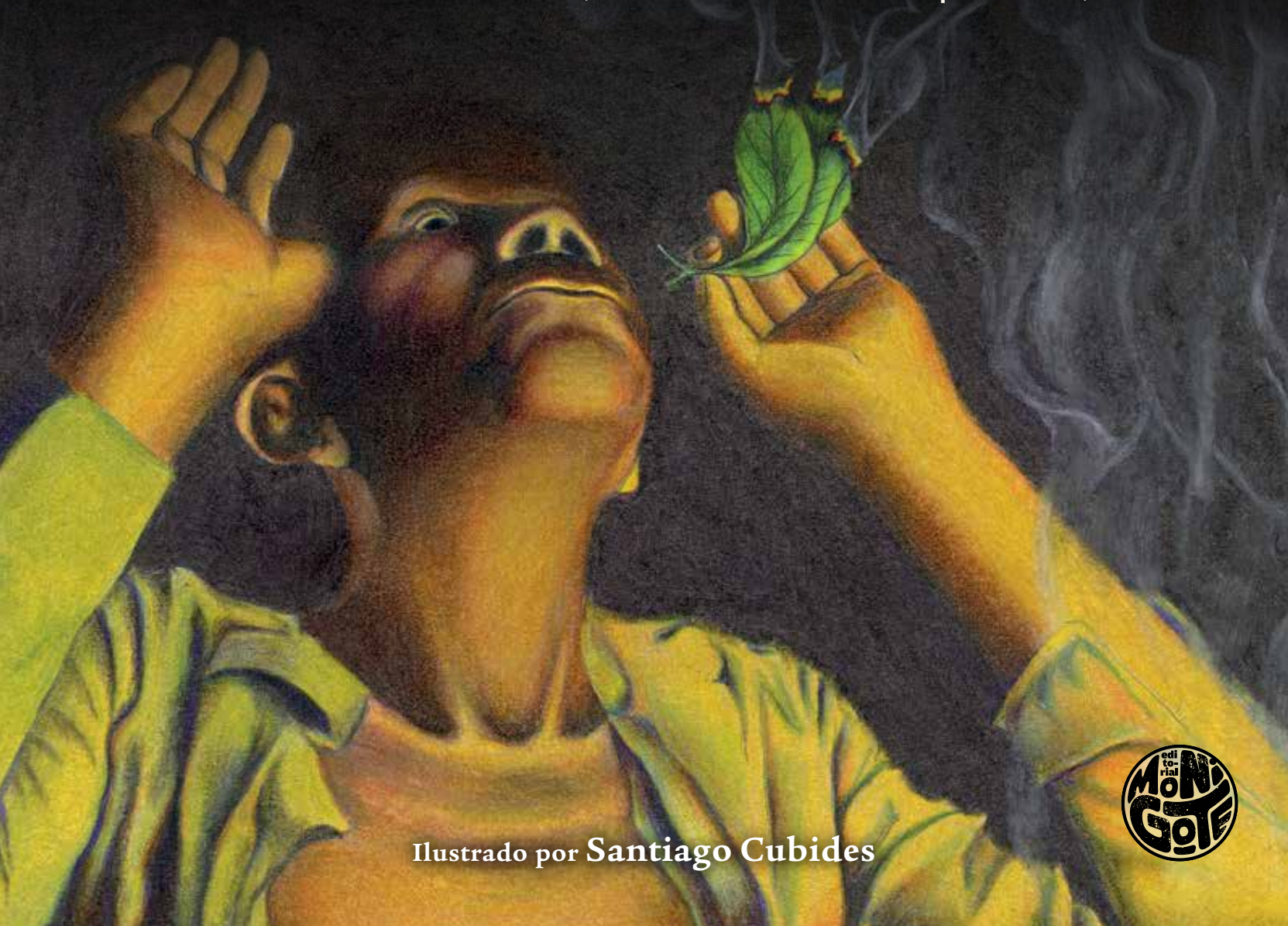


Fernando Urbina Rangel

Basado en un relato de José García

Boca de maguaré

Una historia muinane (Amazonia colombo-peruana)



Ilustrado por Santiago Cubides



A la memoria del abuelo José García.

Fernando Urbina Rangel

Basado en un relato de José García

Boca de maguaré

Una historia muinane (Amazonia colombo-peruana)

Ilustrado por Santiago Cubides





Conocí ocasionalmente al abuelo José García, uno de los últimos y más grandes sabedores de la nación muinane —Amazonia colombo-peruana—, durante una de sus permanencias en Bogotá en 1974, con ocasión de su colaboración en trabajos de lingüística junto a investigadores del Instituto Caro y Cuervo.

Años atrás, en 1971, había tenido la oportunidad de entrar en relación con José Octavio García, hijo de don José, quien por ese entonces era miembro de la comunidad indígena de La Samaritana (Puerto Leguízamo, río Putumayo), donde permanecí un mes llevando a cabo averiguaciones sobre la mitología de los uitotos (*murui-muina*) y los muinanes (*féeneminaa*); desde entonces acechaba la ocasión para contactarme con don José.

En el verano de 1976, el abuelo me invitó a su casa en el Takana, quebradón que discurre en las vecindades de Leticia, dispuesto a contarme en detalle los relatos que tanto me interesaba reseñar. Se inició entonces una profunda relación filial —lo considero mi segundo padre—. Dejó una huella que se sigue ahondando más allá de su deceso en 1991.

De la copiosa y profunda tradición oral detentada por el abuelo —me la transmitió con el compromiso de divulgarla— destaco este relato por incluirse en él una serie de elementos que contienen temas de suma importancia en el pensamiento indígena, y que fueron entrelazados por el abuelo, o sabedor, de modo magistral.

Una de las preocupaciones fundamentales de las comunidades indígenas tiene que ver con el buen manejo del mundo: el uso correcto de los entornos naturales, tanto más cuanto más frágiles sean, como es el caso de la Amazonia. Los saberes que en este caso la etnia muinane ha cosechado en su milenaria experiencia —y que prescriben el manejo equilibrado de los elementos, la flora y la fauna— se personifican en seres como Tīzi, el Hombre-hueso, quien va a aparecer en el relato. Estos seres son los dueños míticos de los territorios y con ellos se hacen convenios para garantizar el buen uso de los recursos naturales; no cumplirlos acarrea desgracias.

Por otra parte, en su narración original, el abuelo José hace alusión al curanderismo, práctica médica tradicional ejercida por Kīma Baiji, el personaje central del relato, en beneficio de las comunidades indígenas de la región por donde se ha extendido su fama de curador. Esta actividad suele equipararse con el chamanismo, si bien se diferencia por cuanto el curandero se ocupa puntualmente del manejo de las plantas curativas o remedios para diversos usos, unido a la posesión de las oraciones o ensalmos en que se invocan y convocan los poderes sanadores. El chamán tiene un papel más amplio y delicado, pues sirve de intermediario entre la comunidad y los poderes que rigen el universo, y con ello busca mantener la armonía, que en ocasiones se rompe a causa de comportamientos negativos de los seres humanos entre ellos mismos o en su relación con los seres silvestres. Aparte del curandero y del chamán, está el hechicero, encargado de defender

a la tribu —como conjunto y a los individuos en particular— de los ataques mágicos de los enemigos y, a su vez, servir de atacante. Estos diferentes actores se diferenciaban mucho en el pasado; hoy día, lo común es que los abuelos maloqueros desempeñen todas esas actividades.

Por último, el relato que aquí presentamos se enmarca en un momento histórico especialmente traumático en la relación entre la cultura occidental moderna y las culturas indígenas, en este caso las amazónicas. Se trata de la llamada cauchería, una agresiva actividad extractivista que, para explotar el caucho silvestre amazónico, se valió de mano de obra indígena. Desde finales del siglo XIX hasta bien entrado el XX, comunidades indígenas enteras fueron esclavizadas, torturadas y reducidas; escasamente lograron sobrevivir no viendo otra cosa que el lucro inmediato de los caucheros. Los acontecimientos que aquí se narran ocurrieron poco antes de la guerra entre Colombia y Perú, desatada por la invasión de caucheras peruanas en territorio colombiano.

Todas las selvas que aún quedan en nuestro azul hogar planetario, y muy especialmente la Amazonia, están en serio peligro ante la voracidad de las empresas extractivistas nacionales y transnacionales, predadores a los que se han sumado quienes practican la ganadería extensiva y, sobre todo, los acaparadores de tierras. Desde luego, la defensa efectiva de las grandes selvas de Colombia, y del resto del mundo, implica conocer, respetar y proteger las culturas indígenas que las manejan no solo sin degradarlas, sino porque han venido, con un milenar uso inteligente, multiplicando su biodiversidad.



Mi abuelo tenía fama de ser un gran curandero. Se llamaba Kīma Baiji, que en su idioma muinane significa “Boca de maguaré”. Y se le dio ese nombre porque fue así como lo indicó un sueño que tuvo mi bisabuela durante el embarazo.

El maguaré es una pareja de tambores que se construyen ahuecando dos grandes troncos de peine-de-abuela, granadillo o comino real, especies de árboles de maderas muy duras que guardan ritmos en sus raíces y canciones en sus hojas. Son hembra, el más grueso, y macho, el más delgado. Su sonido es potente y se escucha a kilómetros. Sus sones convocan a los bailes, las grandes ceremonias en las que los seres humanos se unen a todo lo que existe, volviendo simbólicamente al origen; ese origen en el que todo era solo una vibración.

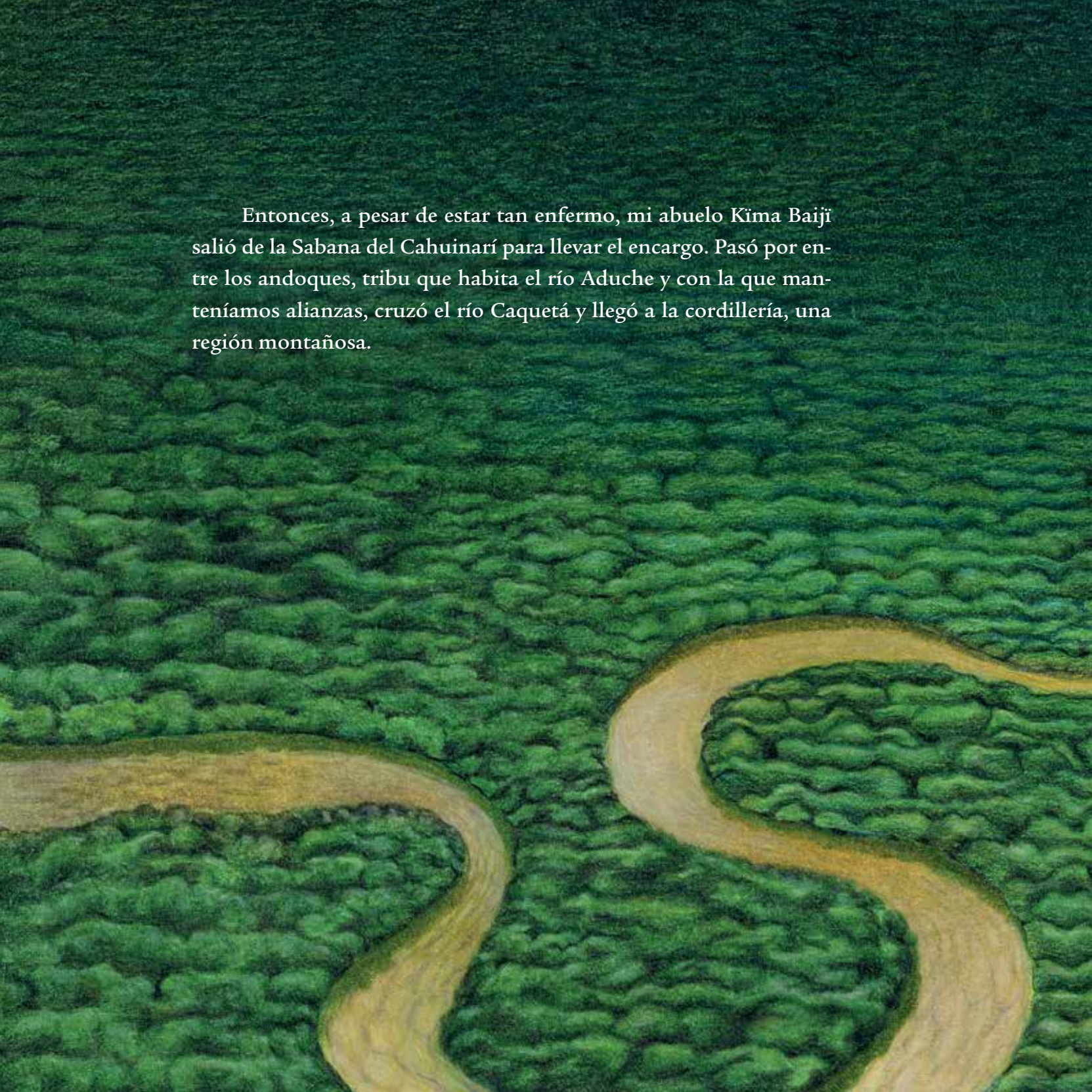
Cuando alguien sufría daño o enfermedad, acudía a mi abuelo y lo visitaba en su maloca. Además de plantas medicinales, él usaba el soplo, técnica que empleamos los curanderos para expulsar el mal que habita en el enfermo. Era muy acertado: todos los que recurrían a él sanaban de sus dolencias.

Un día, los hechiceros enemigos, los que hacían daño, se llenaron de rabia y lo brujearon. Mi abuelo se enfermó. Andaba con la barriga inflada y estaba muy pálido, que es el color del cuerpo cuando se está yendo la vida.

Nuestra maloca estaba en la Sabana, en las cabeceras del Cahui-narí, un gran río que cae a ese otro que es más grande: el Caquetá. Todo esto ocurría en la Amazonia en tiempo de las caucherías, por lo que la tribu iba a trabajar lejos, al otro lado del Caquetá, en busca de árboles de caucho para sacarles el látex. Allá estaba mi padre, quien había sido nombrado capataz por los caucheros. Usaba pantalón y camisa, llevaba un rifle y cartucheras de munición cruzadas sobre el pecho. Por orden de Encizo, el cauchero para quien trabajaba nuestra tribu, mi padre le pidió al abuelo que, de ahí en dos semanas, les llevara casabe, mambe y ambil.

Las mujeres se quedaban en la maloca y eran las encargadas de preparar aquellas provisiones: el casabe, grandes tortas de yuca; el mambe, un polvo de hojas de coca tostadas, piladas, revueltas con cenizas de hojas secas de yarumo y cernidas; y el ambil, una pasta de tabaco mezclada con sal vegetal. Para nosotros, los indígenas, estos son alimentos, pero también son elementos sagrados. Nos consideramos sus hijos; nuestro cuerpo está formado por la potencia espiritual que ellos tienen.



An aerial photograph of a river meandering through a dense, vibrant green forest. The river is a light brownish-tan color, contrasting with the deep green of the surrounding trees. The forest has a textured, almost wavy appearance, suggesting a hilly or mountainous terrain. The river flows from the top right towards the bottom left, with several sharp curves.

Entonces, a pesar de estar tan enfermo, mi abuelo Kīma Baiji salió de la Sabana del Cahuinarí para llevar el encargo. Pasó por entre los andoques, tribu que habita el río Aduche y con la que manteníamos alianzas, cruzó el río Caquetá y llegó a la cordillera, una región montañosa.



Tras varias jornadas de camino, una tarde vio cruzar frente a él a Tizi, el Hombre-esqueleto, un poderoso ser que había sido cacique, pero había resultado tan caníbal que primero se comió a todos los miembros de las tribus enemigas, después a la gente de su propia comunidad, luego les tocó el turno a sus familiares y, finalmente, cuando ya no quedaba sino él, se empezó a devorar a sí mismo, parte por parte, hasta que solamente quedaron sus huesos y el hígado, que sostenía con una de sus manos descarnadas y del que goteaba sangre. Así, como puro esqueleto, rondaba por allí Tizi, vigilando ese territorio, pues él era su dueño.

Todos los animales, todas las plantas y todos los territorios tienen un dueño. Son seres espirituales muy poderosos que han sido encargados por los creadores desde el comienzo del mundo para cuidar las cosas que existen. Tizi, que custodiaba esa selva, tenía además el poder de hacer soñar a la gente; a veces sueños buenos y a veces sueños malos.

Al verlo a lo lejos, Kima Baiji le habló, utilizando la fórmula de respeto:

—¡Abuelo! Tú no me vayas a hacer soñar sueños malos. Juntos crecimos en esta tierra. Estamos juntos en este mundo. Tú tienes que hacerme soñar sueños buenos. Ahí te dejo mambe y ambil.

Sobre dos hojitas, mi abuelo le dejó en ofrenda un montoncito de mambe y un poco de ambil. Y siguió su camino sin molestar a Tizi.





Al abuelo Kima Baiji lo brujean y queda enfermo, con la barriga inflada. Aún así, emprende camino para llevar un encargo a la cauchería donde trabaja su tribu, en lo profundo de la selva amazónica. Allí se encuentra con Tizi, el Hombre-esqueleto, un temible y poderoso espíritu que, a cambio de un poco de mambe y ambil, lo cura y además le revela el secreto para una buena cacería. Entrando en sus sueños, Tizi le advierte que no debe cazar más de cinco perdices cada noche; de lo contrario, al abuelo podría ocurrirle una desgracia.

Escrita por Fernando Urbina Rangel, experto en mitología y arte rupestre de la Amazonia, esta historia está basada en un relato de José García, uno de los más grandes sabedores del pueblo indígena muinane.



www.editorialmonigote.com

9 789585 275195

